



Jesús

el Camino de la
Sagrada familia

Dinámicas para una Navidad en familia

Dinámicas para una Navidad en familia
Ideales para la noche del 24 de diciembre.

La Navidad es un tiempo de esperanza, amor y unidad familiar, en el que recordamos el nacimiento de Jesús como el inmenso regalo de Dios a la humanidad. Sabemos que, en medio de las celebraciones y tradiciones, a veces perdemos de vista el verdadero significado de esta fiesta, por eso hemos preparado estas 10 dinámicas que nos ayudarán a vivir una Navidad más espiritual, centrada en el mensaje de paz y amor que Jesús trajo al mundo.

Cada una de estas dinámicas es una invitación a profundizar en nuestra fe y a fortalecer nuestros lazos familiares, permitiendo que juntos preparemos nuestro corazón para recibir a Jesús. Por eso, te invitamos a explorar cada una de estas actividades, en las que encontrarás reflexiones y acciones que te acercarán más al verdadero sentido de la Navidad.

Dinámica

Duración: 60 minutos

Hemos llegado al final del Adviento, al final de nuestra preparación para la fiesta de la Navidad. **Hoy nos encontramos ya en el camino de la redención**, que tiene subidas y bajadas, que pasa por lugares oscuros y otros muy radiantes; que es fatigoso, aunque siempre asistido por la fuerza vivificante de la gracia. En fin, en este camino nos hemos encontrado con muchas personas... algunas se han quedado atrás, otras van delante de nosotros... Finalmente, **el camino de redención se abre ante nosotros** con la alegría de ir de la mano de Jesús, quien **nos acompañará hasta llegar al destino**.

Hoy que celebramos la llegada de Jesús a nosotros, vale la pena recordar nuestro camino, pues **la memoria nos hace valorar nuestro presente y nos reorienta hacia el futuro**. Hagamos este ejercicio recordando el camino que hicieron José y María en su ruta de salvación, esa que los llevó a ser la familia perfecta. La Sagrada Familia **nos ilustra el camino a Dios** que todas las familias vamos recorriendo. Comencemos con el principio de esta senda:

La Anunciación

El camino de la redención **pasa por el camino de la fe**: creer en una promesa, creer que Dios es fiel, y que tiene caminos insospechados para realizar la obra en nuestras vidas. Meditemos (Lc 1, 26-38):

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”.

María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios”.

Dijo María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Y el ángel dejándola se fue.

El camino de la redención es esencialmente un sendero de fe, pues creemos en lo que Dios nos va mostrando. Incluso cuando no entendemos por dónde vamos, cada paso forma parte de nuestro camino familiar y cristiano.

¿Alguien quiere compartir un momento de su camino donde tuvieron que, sin entender, tener fe para seguir andando?

Momento para compartir testimonios.

Hoy quizás todavía no entendemos esa situación, pero confiamos en que es parte del sendero de Dios, pues «*todo coopera para aquellos que aman al Señor*» (Romanos 8, 28).

La Visitación

El camino de la redención se va identificando con dos obras que el Espíritu realiza en nosotros cuando decidimos caminar en él. Por un lado está la predicación: compartir el mensaje recibido, lo que Dios va haciendo en nuestra vida, nuestros momentos de alegría, etc. Por otro lado, está el servicio. Quien se ha subido al camino de la redención, siempre tiene la necesidad de servir, pues en ello encuentra gozo y alegría. Reflexionemos (Lucas 1, 39-45):

En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”

Quien camina por el camino de la redención tiene siempre un gran deseo de compartir buenas noticias y servir a los demás, pues como dice la Palabra: *«hay más gozo en dar que en recibir»* (Hechos 20, 35).

¿Alguno de ustedes quiere compartir con nosotros alguno de estos momentos en su vida?

Momento para compartir testimonios.

La duda de José

En la vía de la salvación no todo es alegría, también pasamos por momentos donde la misma fe se vuelve oscuridad y sentimos que todos nuestros proyectos terminarán mal.

Son momentos en los que perdemos la esperanza, tal como el pueblo de Israel cuando llegó al Mar Rojo y pensó que todo lo que Dios había hecho para sacarlos de Egipto era una trampa para matarlos. Sin embargo, Dios nos hace pasar por caminos inesperados que dan respuesta a nuestros miedos y temores. Este es el caso de San José, que se ve atrapado por sus dudas y pensamientos sobre su amada esposa. Meditemos esta lectura (Mateo 1,18-22):

La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto.

Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”. Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta.

También nosotros en alguna o más de una ocasión nos hemos encontrado atrapados en las dudas, el desaliento, la desesperación, en los cuales incluso llegamos a pensar que Dios nos ha abandonado.

Pero la verdad no es así. Dios siempre tiene un camino maravilloso que nos lleva a la paz de la redención. Por eso, Jesús nos dice: «*Vengan a mí los cansados y agobiados que yo los haré descansar*» (Mateo 11,28).

Quizá alguno de ustedes quiera compartirnos alguno de estos momentos en su vida.

Momento para compartir testimonios.

La Alegría del nacimiento

El camino de la redención pasa también por momentos llenos de luz, de gozo y de alegría. El camino de Nazaret a Belén, por ejemplo, sabemos que no fue para nada agradable, especialmente para María Santísima que estaba en sus últimos días de gestación. Sin embargo, todo se pagó cuando tuvo en sus manos y ante sí a Jesús, el Hijo de Dios, su hijo, el Rey de Israel, el Salvador, Aquel por el cual conocemos la verdadera paz y alegría. No podemos ni siquiera imaginar la dicha y el gozo que la pareja de Nazaret experimentó cuando Jesús nació. Si todos los padres de familia lo experimentan, imaginemos lo que pasaba en el corazón de ellos en ese momento. Leamos este acontecimiento (Lucas 2, 1-7):

Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino.

Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.

Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento.

Hoy para nosotros es también uno de esos días de gozo inigualable. Estamos reunidos como familia, quizás con algunos amigos que comparten con nosotros la gran fiesta del nacimiento de nuestro Señor. Es día de alegría y de gozo, no solo por todas las bendiciones que Dios ha derramado, sino porque podemos hoy abrazarnos y decirnos cuánto nos amamos. Y más aún porque todos los aquí reunidos en torno a la Fiesta del Salvador, esperamos vernos reunidos también en el Cielo. Esta reunión nos da la esperanza de que todo nuestro mundo, con la presencia activa de Cristo, pueda convertirse en un lugar de paz y serenidad, donde vivamos llenos de la alegría del Señor.

¿Alguno de ustedes quisiera compartir lo que experimenta este día en que estamos reunidos como familia y que sabemos que Jesús ha venido para darnos vida y dárnosla en abundancia?

Momento para compartir sus experiencias.

Terminamos orando al Padre con la oración que nos enseñó Jesucristo:

Padre nuestro...

Finaliza con esta oración:

“Señor Jesús, hoy que estamos reunidos como familia, te damos gracias por habernos llamado al camino de la Salvación y por ser nuestro guía hasta la casa del Padre. Danos la alegría de vivir como testigos de tu amor, para ser signos de esperanza de que las cosas en el mundo pueden ser mejores y de que Tú no nos has abandonado.

Te pedimos por los solitarios, por la gente que hoy no tiene esperanza, por los que celebran esta fiesta sin saber lo que en realidad significa, por los enfermos y por los que hoy han de partir a tu casa. Dales a todos tu gracia, tu alegría y tu amor, y confirma en ellos tu presencia amorosa.

Todo esto te lo pedimos a Ti que eres Dios, que al hacerte hombre nos acompañas hasta el final de los tiempos, y que vives y reinas en la unidad del Espíritu Santo y en la gloria del Padre por los siglos de los siglos”. *Amén.*

*Si se encuentra alguno de los
padres de familia, ellos dan la
bendición, extendiendo sus brazos
sobre los participantes y diciendo:*

Padres: Que el Señor esté con ustedes.

TODOS: Y con tu espíritu.

Que el Señor nos bendiga, nos muestre su rostro, nos haga comprender la dicha de ser cristianos y a todos nos lleve a la vida eterna. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.